

taros los servicios. Pero dime, en qué son andan los amores de tu amo?

Ful.—Si no me lo nombraras no me acordara dél, porque pena por necio. Pero con todo, porque veas si te sirvo y me acuerdo de ti, sabete que te tengo tan acreditada con Floriano, que te manda esta carta, rogandote que la lleves a Belisea en su mano. Y sabe que trayendole respuesta, que la ganancia tuya será tal con que entrambos pelechemos.

Mar.—Donoso adobo es esse, que sobre hazerme alcahueta de tu amo partes ya mi ganancia incierta. Pero porque no puedo no complazerte, y agora ay peligro en la tardanza, pues que va a Prado Belisea, y la podré hablar a solas, duermeme un poco, que voy a ponerlo en obra, con tanto que no me tengas por alcahueta, sino por mujer que te haze placer.

Ful.—Anda, cierra essa puerta, que esse mal nombre le ponen las malas gentes, y Dios te encamine y a mí dé buen sueño.

Mar.—Pues que ya me encargné desto, y no cumple tardarme, quiero echar unos polvillos del cabron en esta carta, que ya los he hallado aprouados. Para que si Floriano ama a Belisea, y ella lee la carta, ella le ame a él, y si no quedarse ha libre; que al fin estas cosas sólo Dios las ha de saber. Y siempre aurá alguna ganancia más que con la almohadilla. Y con esto, pues mi hija está recogida y esto está hecho, me voy.

ARGUMENTO DE LA SCENA XV

Marcelia da la carta de Floriano con cierta cautela a Belisea, que yua a Prado. Y finalmente leua vn anillo de Belisea a Floriano.

MARCELIA, JUSTINA, BELISEA, PINEL.

[*Mar.*]—Agora que voy en mi cabo, quiero loar a Dios que me libre de tan peligroso trance para la honra como el de anoche, y de oy más poner más cobro en mi vida, porque quien yerra y se enmienda, a Dios se encomienda. Pero gran ceguera fue la mia en encargarme tan sin más pensar de esta cosa que tantas dificultades trae en la salida, y tantos peligros descubre en el efectuarse, y tan jugada trae mi honra, si los puntos desta carta de más con que yo juego son descubiertos. En especial que Belisea tiene con la bondad tanta altivez, y tanto descuydo de mis telas, que como no experimentada, ni herida, ni usada en estos tractos tan comunes a señoras, y tan publicos a las mugeres plebeyas, que si me alcanza de razones, yo voy perdida a remate. Pero mezquina de mí, que tomé por medio para librar me de la ferocidad de aquel desuellacaros con razon sentida,

con sospecha cierta de lo que mi obra oculta le auia errado, venir a dar en tan gran extremo que yo por huyr del fuego me lancé en las brasas! Pero pues él como de burla me encargó este negocio, yo tambien haré como viere la mia en seguro; porque duelo ageno del pelo cuelga; aunque la charidad me pondrá espuelas al remediar vn tan eminente cauallero como Floriano. Y la esperanza del buen gualardon para desterrar necesidades de mi casa me necessitará a que haga todo mi denar y me atreua a todo trance; pues no se gana el pan sin afan, ni se toman truchas a ropas enxutas.

Just.—Ea, señora, que bien puedes salir, que vas tan disfrazada, que no serás conocida, y aun es tan de mañana, que no ay de quien seas vista.

Bel.—Pues vayan se todas essas mugeres por sí por otra calle, y tú sola ve conmigo por guia, y encamina por san Llorente, que quiero alli encomendar me a nuestra señora.

Just.—Pues en nombre de tal señora salgo.

Mar.—Aun es gran de mañana para ser leuantada Belisea; quiero de passo yirme a recomendar a nuestra señora de los Remedios. Pero o, cómo creo que son mis passos meritorios, pues o yo conozco mal, o son las tan tapadas mis onejuelas. Y aun la delantera cierto es Justina, y la que la acompaña como inferior o criada es la señora; porque el buen donayre y apuesto suyo la apregona por la que es. Y pues me paresce que guian hazia sant Llorente, allá me voy a atenderlas y el tiempo me dira qué haga. Por mi vida, pues que no hay viua criatura en la yglesia, que quiero auenturarme a poner esta carta en la grada del altar de la madre de Dios; porque si ellas son, no dexará Belisea de llegar la primera a hazer su oracion. E visto el papel, como son inquisitinas estas señoras, y saben leer, tomar le ha; y si le lee, mi hecho va bueno, y entonces podré darme a conocer si viere por qué, o si no, a peor librar, si ellas no entran, tomaré mi carta y buscaré otro camino. E si a dicha la criada llega y toma la carta, dar se la ha; y si mal huuiere, descargarán los nubladros sobre ella, y podré yo llegar a poner las pazes sobre auer sido la guerreadora.

Bel.—Muy de mañana deue ser, pues no ay nadie en la iglesia, ni aun es tiempo de yr solas al campo; quiero llegar me al altar de la virgen soberana a offrescarsele vn Ave Maria.

Just.—Señora, yo me voy a otro altar a hazer lo mesmo.

Bel.—Alguna nomina deue ser ésta, que echaron aquí a nuestra señora.

Mar.—Bien está, la carta ha guardado. Quiero agora yr me assentar par de la donzella, como que entro agora, pues no me han visto.

Just.—Ay Jesus, y qué mal comedimiento

de muger, quien quiera que es, apartá os allá, señora, que harto vazio ay en el templo, sin que os me pongays delante, pues no deueys ser vos el sancto a quien yo vengo a encomendarme.

Mar.—Perdone, señora, que no la auia visto.

Just.—Cata, cata, y tú eras, señora Marcelia? perdona mi demasia.

Mar.—Quién es? perdone me que no la conozco. Ya, ya, o mi hermana y señora Justina! razon fuera, pues que el amor que te tengo me dixera ser tú. Pero aquélla es Belisea? porque tal joya como tú nunca la dexaran tales madrugadas salir sin gran guarda, y con razon, porque para tal thesoro qualquiera atreuido ladron.

Just.—Ay, habla passo, no nos oya alguno, porque vamos a Prado sin gana de ser conocidas, y nunca acabará mi señora de visitar altares. Y a lo que dizes de mi poco salir, yo nascí en signo de servir toda mi vida, y quien a otro sirue, no es libre. Y aunque yo sea poco de cobdiciar, en estos palacios, a viejas, y moças, y hermosas, y las que no lo somos, todas andamos más veladas que fortaleza cercada de enemigos, y más puestas tras llaues que el thesoro de Venecia.

Mar.—Y aun por todo esse thesoro no querria yo ver mi libertad tan al sombrío entre paredes, porque bney suelto bien se lame, y aun quiero más pobre libertad que rica prision.

Just.—Quien más no puede, comporta la carga. Y aun tambien en mí la costumbre al encerramiento me tiene en hábito de no lo sentir por pena, pues desde niñez estoy en tal exercicio.

Mar.—E aun esso es lo que peor yo veo; que lo que aurás ganado en esse exercicio que tú llamas será tener agora menos libertad que quando començaste de niña esse vso.

Just.—La mesma verdad dizes; porque más subjection tengo agora que diez años aurá, que la niñez me libertaua y la innocencia me acreditaua en no me vedar las entradas y salidas, ni me contar los momentos, ni me señalar los passos; de manera que agora ando como quien aprende a dançar, que assienta los pies a querer ageno y mide los passos por compases.

Mar.—Pues asuadas que aunque dances quanto quisieres, que no miren que eres ya tan para dançar con compañía, que el no te auer casado te priua ya de vn hijo que temple los pesares passados y trayga cuydados presentes. Aunque, Dios te guarde y el angel sant Miguel te bendiga, tu hermosura y iuuentud no aurá menester dote, por el qual ahorrar te dexarán cargar de dias y de desseos. Porque naturalmente tales como tú las crió Dios para los hombres. Y porque hablemos a solas más al descu-

ORÍGENES DE LA NOVELA.—III.—14

bierto, la hembra ansi cobdicia al varon como la tierra al agua para produzir. Y las donzellas y gallardas, llenas de sangre ferniente, como tú hermosas, quanto soys agenas de experiencia, tanto soys más combatidas de desseos pensamientos de lo que por el sagrado lugar me queda por dezir te.

Just.—De toda tu larga platica, porque sólo entendí el dezir que ya soy vieja para dexar de casar me, aunque sin gran carga de dote, pocos aurá que me cobdicien; pero no hay memoria de casar la heredera de la casa, que me lleua más de quatro años, y sus romerías creo que andan pidiendolo, y su hermosura no lo desuia, y quieres que la aya de mí para más de acordarse de me mandar en qué la sirua toda mi vida?

Mar.—A la fe, sabete que en palacio andue, y sé que si te duele la muela, tú te has de buscar quien te la bote fuera. Porque, aunque sobre los diez y ocho que puedes a más largo auer, aunque estés otros tantos años, siempre aurá de nueno en qué servir, y siempre te hallarán más obligada a ello, y siempre te queran donzella, y siempre de nueuas fuerças para el trabajo, y siempre con el tú acá, tú acullá como niña, y siempre de menos ganancia en el crédito y confiança de tu persona. Por manera que aunque te amen como a buena y honesta, no te zelen como a hermosa, y te guarden como a moça, y te riñan como a sospechosa de ser quien me callo por tu respecto. Y así, porque concluyamos razones, digo y quiero de lo dicho aconsejarte, que pues ya yo te auiso y tú tienes experiencia de que passa por allá como yo lo digo aquí, haz, amiga, lo que te cumple, pues los hombres desde la mocedad han de granjear y buscar y tomar el estado en que querrian que les hallase la tardía y cansada vejez.

Just.—Pues me dizes lo que haga, dime el cómo sin derogar á mi estado ni quebrar el hilo delgado de la honra, pues antes sin la vista que sin ésta me desseo.

Mar.—A buen entendedor poca plática, que tú, bouilla innocentilla, quando en tan buen ceuo como tú traes cayere algun pez de ganancia para el estado y de contento para la persona, si te faltaren mangas, ó no cupiere en ellas, a la fe, alça las faldas y cogele, y cogido, tenle, y tenido, amale, y amado, halagale, y halagado, contentale para que se te affectiue. Porque siempre fue y será que quien tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepiente.

Just.—Aunque mejor azertaras en llamarme peccadora, pero pues me das officio de peccadora, qué ceuo es el que dizes que tengo?

Mar.—El primer nombre oy en dia, desde el papa hasta el que no tiene capa, le puede quedar, pues todos peccamos en Adan, dize la

escriptura. Pero pues quieres que te torne a llamar hermosa, digo que de tu hermosura se haze el ceño que dixe, y de lo ál que tienes ya me entiendes, que la vergüenza de ver que es más tu apetitoso desseo que lo que yo digo, te haze baxar los ojos y cobrar color viva. Pues creeme que si quando yo anduve al palacio no me desposara a hurtas, que nunca de allá vuiera salido a gouernar casa por mí y tener algun libre reposo. E aun tu señora, que allí está muy rezadera, me da por testimonio si al cabo de muy guardada no ha de venir como cierva en tiempo de brama. Y aun las tales, tarde prende el fuego y tarde despues se apaga.

Just.—Más temor tendrias aun si supieses quán seguida es; pero no ay mella en ella.

Mar.—Todo lo sé; las justas, musicas y aun los toros de oy creo yo que por ella mueren.

Just.—Si son por ella corridos no lo digo, pero sé que huyendo de no se obligar á los ver, vamos esta romeria.

Mar.—Y cómo va sola?

Just.—Adelante van las mugeres, que hombre no va ninguno, y a mí sola me lleua en lugar de ama, por no ser conocida.

Mar.—Mi fe, tan mal se cubre su hermosura con manto pobre como la liebre con la cola, porque el oro más reluze acompañado de baxo metal. Y esto no lo digo por menoscabar tu gentileza.

Just.—Baste, baste; y escucha que no sé qué tardar es éste, ni sé qué ha hallado en aquel papel que tanto ha que está mirando.

Mar.—Será oracion de amor.

Just.—Qué dizes?

Mar.—Que será la oracion del saluador, que es larga. Pero por mi salud que la deue de auer leydo, y que deue de obrar, porque gran robador de amor es vna carta bien ordenada, que hasta que ha dicho todo lo que tiene no es possible mandar la, callar. En especial que los adobos que yo le puse no deuen de ser poco menos que buen ruybarbo, para conuouir en tal dolencia.

Bel.—O, soberana virgen sin manzilla, y qué es esto que en vuestro templo así me desasossiega? quiero ya, pues, salir con lo que el appetito pide, y acabar de leer del todo este papel, que ni a él ni a mí bien entiendo.

CARTA DE FLORIANO A BELISEA

Frente de mi descanso, principio de mi gloria, último fin de mis desseos; la que tiene las llaves de mi vida, la que es poseedora de mi corazón y señora de mi libertad; ángel en forma humana, mi señora Belisea.

Antes de publicar mi querrela delante tu justicia, inuoco tu piadosa clemencia para que des-

pierte los oydos de tu libre señorío a oír este tu captiuo Floriano, el más dichoso de los caualleros y el más penado de los siervos de amor. Bien veo, señora mía, que tengo llenas de fastio tus orejas con mis continuos y tan importunos clamores. Pero también deues tú de advertir en que, para tan flaco supuesto como es el mío, ya son muy en exceso los tormentos. Y así con el pedirte perdón por el atreuimiento, te pido que cortes el hilo de mi mortal vivir, o alíuies la mano en el atormentarme. O si mandas, porque no seas notada de cruel executora de amor, asienta te audacia de mis querellas, para que oyendo tú mi justicia, oya yo la sentencia de tu voluntad. Porque te prometo que, si me mandares matar, que por más te servir yo sea el executor de tu sentencia, pues en medio de mis tormentos tendré tu voluntad por retracto de mis obras; porque sepas, si no lo sabes, que no es mi vivir por ti otra cosa que un continuo tormento muy a mi voluntarioso. Y así te auiso, mi señora, que si no propones de me acorrer, que no te determines de me oír, ni deliberes poner en mí tus ojos. Porque si me miras, aunque de rigor de justicia yo meresciese muerte, la misericordia tuya te inclinaria a mandarme alíuier, sin oír allegación de mi parte, mas de que tú, viendo que yo moría, fuesses sabidora ser tú la causa; en quien confiando, quedo por tuyo.

Mar.—Ay, corre, corre Justina, que tu señora se ha tendido, no sea algun desmayo.

Just.—Ay, Jesús, Jesús! o, mi señora y mi bien, y qué es esto?

Bel.—Ay, captiua de mí!

Just.—Qué sientes, señora! leuantate por un solo Dios, que te hazen mal estas piedras, y vamos antes que seas conocida, que comiencen ya a venir gente.

Bel.—Calla, que yo me esforçaré si pudiere, que fue vna congoxa de corazón.

Mar.—Pon, señora, la palma desnuda sobre él y alíuiera se te el mal.

Bel.—Creo yo que montará eso poco. Pero quién eres tú?

Just.—No conoces, señora, a Marcelia?

Bel.—Conozco; pero qué hazes por acá?

Mar.—Entré a hazer oración; pero cómo te sientes? y cata que nos vamos por ay abaxo hacia el río, que te hará gran bien ver las frescuras.

Bel.—Vamos luego, no se nos llegue gente.

Mar.—Anda, señora, que yo me quie. o yr contigo; que como vienes (Dios te guarde) muy endilgada ⁽¹⁾, y la mañana es fresca y tú no acostumbras madrugar, y también la frialdad destas piedras, todo esto junto te aurá hecho

⁽¹⁾ En el original, en delgada.

esse daño. Dame acá la mano, si mandas que te acompañe, y andemos.

Pin.—O, dichoso tú, Pinel, que tan a tu contento as gozado de vna tal dama, y también llega se te a este gozo vna alegría de saber que así queda el campo por mío, que de oy más no tenga puertas la casa de Gracilia para mí. Aunque si cada visita me ha de costar tanto afán, para pocos días me quieren, si no me pongo en ceua, por no perder honra y tener aliento. Pues Fulminato anoche fue para no boluer, no quiero agora entrar en casa de Marcelia: qué de mañana tiene la puerta abierta! Allí se lo ayan; quiero colarme hacia el río, que por aquí abaxo siempre suele auer buenos encuentros por las mañanas. Y quiero dar contentamiento a los ojos, pues naturalmente deleyta la vista del objeto hermoso, mayormente de mugeres. Pero helas van tres y las dos muy de las manos, y aun que parece ropa de pelo. Cata, cata, por Dios que es mi comadre Marcelia. Y que me maten si no deue llevar aquellas ouejuelas al matadero, o quizá las trae de la charqueria, y aun que la que lleua de mano que parece de lustre. Pues la buena criança siempre parece bien, quiero hablarlas, pues ya Marcelia me ha conocido y pensó de se me desconocer. Por demás es, señora Marcelia, el querer te me encubrir, que la luz de esa señora ha alumbrado mi vista al conocerte. Y así con su licencia te beso las manos, y mira si mandas algun seruicio.

Bel.—Ay, por tu vida que le mandes pasar de largo, que temo que me ha conocido, pues me diferencié de ti en el acatamiento.

Mar.—Mala es de ver la diferencia de las dos. Pero espera, que yo le haré presto de xarnos.

Pin.—Di, señora, si mandas alguna cosa? pues por el acatamiento de la compañera no lleugo a te acompañar.

Mar.—Mas antes a ella harás seruicio y a mi plazer grande en que passes luego de largo.

Pin.—Por cumplir la voluntad de esa señora y hazer tu mandado te besé las manos y a esa dama los pies, y perdona mi atreuimiento. O, hi de puta el diablo; y qué ojos y media frente descubrió, y qué albuza de mano sacó del guante por descuydo, y qué loçania de cuerpo de dama! Doy a la maldición esta Marcelia, y si no creo que sabe quanto bueno ay en el pueblo. Voy me por sí o por no a la posada; quizá yrá a desembarcar con aquel flete alla en busca de algun merchant, que si así fuese, venderse [ha] hombre por comprar tal joya.

Bel.—Quién era aquel tan bien criado, y que así te conocía, y que tan presto te obedescio en yrse?

Mar.—Es un criado de un cauallero, el más agraciado y más de los de tomo que agora pueblan la corte, y de más gloriosa fama de quantos yo aue visto.

Bel.—En cargo te es, que así le loas. Pero dime el nombre del criado y quién es esse su amo.

Mar.—Este que agora va de aquí se llama Pinel, criado de un cauallero cuyo loor no tiene par; mancebo, gentil hombre, y muy poderoso y de muy alta sangre.

Bel.—O él no tiene nombre ó le tiene tal que no deue ser para oír.

Mar.—Para nombrar y loar por cierto es, señora mía, aquel sin par de Floriano. Ay, por Dios, Jesús, Jesús, y de qué te me desmayas? o, qué poco esfuerço para lo que ha de ser, si por bien es!

Bel.—Ay, que no es nada, sino que se me torció el pie en el chapín.

Mar.—Pues qué tal te hallas ya?

Bel.—No te lo sabre dezir; pero sentemonos un poco en este prado.

Just.—Cata, cata, y qué de reposo se sienta con Marcelia, y qué olvidada está Belisea de la priessa de yr muy de mañana. No sé qué me diga destos secretos: Dios quiera que paren en bien; allá lo ayan, que aquí apartada me siento, pues en no me llamar, lo quieren auer a solas.

Bel.—Agora me di, Marcelia, por qué me visitas tan mal y tarde; pues sabes que no se muestra pesar con tigo en casa, y aun estás bien acreditada en la reputación de mi padre.

Mar.—Con la enmienda en lo por venir soldaré, señora mía, las quiebras passadas; aunque yo siruo a vna señora que me da menos vagar y tiempo que yo querria para pagar semejantes deudas de visitaciones.

Bel.—Ay, que no lo hazes bien en servir a nadie sino a mí, ni yo lo consiento.

Mar.—Y aun así confío yo en Dios que agora en tu seruicio, como al presente ando ocupada, las mercedes tuyas me harán libre de la señora que digo.

Bel.—Y quién es?

Mar.—La señora pobreza, que tiene don de la honra; así que se llama doña pobre honra.

Bel.—Ayna me pudieras hazer reyr con tu señora; dos me parecen a mí essas, y aun que pocas cosas pueblan juntas: porque de la honra también soy yo sierva. Y aun con sus importunidades de cosas diferentes que manda, pierdo yo con el cuydado de cumplir las el sueño grandes y muchos ratos.

Mar.—Pues a mí me trae en vela de continuo; pero cuál es la otra?

Bel.—La pobreza, á la qual tú podras servir, pero yo no la sirvo: Dios sea servido en ello y en todo.

Mar.—Mi fe, señora, pobreza a solas, sin el don que yo le doy, no la hallo yo servidumbre, porque no ay oy en el mundo gente más libre que la pobre, que de honra y todo lo es. Porque con no tener el tal o los tales que perder, no se dexan de arriscar tras lo que les da el appetito, ni ay cosa que les sea vedada, sino las que contradizen a la virtud; que a éstas la natura las aborresce. Y los ricos andan obligados a sustentar la loçania y fausto y gala del mundo, que con ser vn señor muy mal contentadizo, es tan costoso, que muchas vezes tras las grandes rentas les haze empeñar las almas, y vender las virtudes, y arriscar los contentamientos, y jugar con las vidas, por vestirse de honra; y al cabo ni esta honra sabreys en qué ó de qué es, ni qué color saque, ni en qué consista; porque vnos le visten de lo que otros la acaban de desnudar, y otros la honran y defienden donde otros la arrastran y blasfeman. Y así andan los ricos tras el mundo como personajes sin son, perdidos por contentar: vno que los pobres traen por los pies, y le pierden a cada passo, porque a la verdad ni haze mercedes más de por vida, ni las dadas dexa gozar sino por su antojo, ni ensalça virtud, ni perdona alguna falta, ni olvida jamas el vituperio. Por manera que los señores que los pobres llamamos, que porque más le sirven más entrada tienen en sus bienes, ni nunca bien le tienen ganado, ni dexan de tener el cielo quasi perdido; porque como tengan mayor carga, caminan menos, y como tengan más negocios, tienen menos quietud. Y así dize la escriptura que los ricos caen en tentaciones; aunque no lo digo por ti, pues toda general regla tiene sus excepciones.

Bel.—Aunque no hables contra mi persona, porque hablas contra mi estado, que voy en el cuento de los que vosotros allá llamays ricos, quiero, tornando por mí, desengañarte, que no dize la escriptura que los ricos caen en tentaciones, sino que caeran en tentacion los que quieren ser hechos ricos.

Mar.—Pues qué me da más ocho que ochenta, si los ochos son diezies? que no me das rico que con serlo no huelgue, y que no le pese con el descaer del estado.

Bel.—Dado que te conceda esso, aun no caes en el punto de la razon.

Mar.—Pues suplico te me la digas: porque es descanso verte sabiamente tractar lo que quierres. Y aun huelgo de tener en qué ocupar tu entendimiento en otra cosa que tu mal.

Bel.—Ay, amiga, que al fin allá quedan las rayzes. Y esto, aunque sea mondar las ramas,

pero entiendo que ay ricos, y ay desseosos de ser ricos. Los primeros llamo yo los que lo son desde sus antecessores, como los que tienen estados y señorios de majorazgos o herencias seguras y rayzes. Y los tales, como desde que son o fueron fueron ricos, con no tener que desear ser ricos, pueden ocuparse en hazer grandes bienes, con estar contentos con la suerte que les dio el mundo. Pero los que son ricos no de auolengos, sino por industria y fortuna y mala ganancia, que van poco a poco, o mucho a mucho aumentando el caudal para hartar el auaro appetito, éstos caeran en tentaciones de vsuras, logros, robos, engaños, mentiras y oluido del diuino culto por la adoracion de la moneda. Y así, adonde los primeros que dixes, en sustentar su estado, no empeñando a Dios por la hacienda, ni haziendo desafueros, sino con lo que tienen por proprio, pueden servir a Dios, allí los segundos, que quieren a tuerto o derecho (como dizen) alçar casa y fama y acaudalar hacienda, hazen mil offensas a Dios y dos mil agrauios a sus proximos.

Mar.—Altamente has prouado tu intencion. Pero dime si te sientes ya mejor, que te vi en la iglesia endenantes que estauas tan embarazada, que jamas pude sacarte vn papel de la mano.

Bel.—Ay, amiga, qué grande fue mi mal no pensado! Pero dime, viste lo que era el papel o sabes qué dezia?

Mar.—Bueno va el recado.

Bel.—Qué dizes?

Mar.—Que, mal pecado, no sé leer; pero por qué me lo preguntas?

Bel.—Porque le hallé en la grada del altar, y no sé lo que es, y temo no sea algun mal, porque luego me senti con las bascas que me viste.

Mar.—No será sino alguna nomina de algun enfermo, que la pondria delante nuestra señora para que tomase virtud.

Bel.—Ay de mí, que bien creo yo que si alguno sanó con ella, que empeoré yo.

Mar.—Mas qué tacha; ay, Dios te guarde de enfermar; pero dime, sientes algun mal?

Bel.—Dexame de preguntar lo que dicho no sabras remediar; y dime, mudando plática, porque me da pena ésta: de dónde conociste tú aquel mancebo?

Mar.—Cuál, mi señora, a Floriano?

Bel.—Que no, sino el de endenantes.

Mar.—Tan sólo en ser criado de aquel valeroso y gentil cauallero de Floriano; pues ay, señora, y de qué te turbas?

Bel.—No te menees, está queda: que más mal se me va aparejando, y desde agora començare a esforçar mi flaqueça y a forçar mi voluntad.

Mar.—Y aun así te cumple, y Dios y ayuda.

Bel.—Qué dizes? no me hables tan entredientes.

Mar.—Hablo así porque no sabe la persona si passará alguien que de palabra saque la razon, y declare la persona lo que quiere encubrir. Pero digo que yo te tengo de alegrar oy con mi compañía.

Bel.—Así lo quie Dios. Pero dime, cómo tienes tú noticia de su amo de aquel mancebo?

Mar.—Cuál, Floriano?

Bel.—Que ya le sé bien el nombre; dime lo que más sabes dél, y piensa que sólo me mueve curiosidad y ocasion de tener que hablar contigo.

Mar.—Ay, mi angel, y cómo en nombre del buen Floriano te quiero besar essas manos.

Bel.—Ay, amiga Marcelia, cómo aunque me huelgo de te oyr, no me suena bien esso; cata que ya sabes cuánto abomino estas cosas.

Mar.—O, qué gracia tienes aun en el enojarte; puesto que no tienes por qué culpar mi simplicidad en el hablar. Porque si te besé las manos (lo que agora torno a hazer), más en nombre de Floriano que de nadie, es porque con parecerme que a las damas deuen los galanes servir, no le ay quien a ti merezca si Floriano no. Porque de algunos que en mi casa entran de los suyos oyo dezir, y no acaban de contar de sus loores, su llaneza, su señorio, su liberalidad; pues la edad, que es de veynte y cinco para veynte y seys, que en seso parece de ochenta. Y agora, mi señora, me dicen que anda tan malo, que me ponen los criados duda en el escapar. Y si él (lo que Dios no quiera) muere, se cierra vna gran puerta a menesterosos; porque, a la verdad, a mí me haria grande mal, y a mis necessidades se quitaria vn gran acorro. Y esto te digo como a mi señora, á quien, desengañadamente amando, doy cuenta de mis flaquezas.

Bel.—No vienes engañada con migo; pero dime, qué mal es el desse cauallero? que cierto tú lo cuentas de suerte y lo encaresces tanto, que me has mouido a gran lastima.

Mar.—A otro perro con ese hueso. Señora, no me saben dezir sus criados más de que huye toda alegría, y aborresce la conuersacion humana, y ama la soledad. Y puesto a solas, tañe como lo sabe bien hazer, y canta como el que tiene linda gracia nouedades y canciones en declaracion de su mal.

Bel.—Y de qué en especial se queixa, si dizen?

Mar.—Pues no me llevarás por ay. Señora, no sé más de que dizen que son bascas del coraçon, que algunas vezes le priuan los sentidos.

Bel.—Por mi vida, pues, que si este mi anillo se pusiesse al dedo, que le fuesse bien; porque tiene esta piedra muy apropiada contra esse mal.

Mar.—Mejor anillo le serías tú, si quisieses, y él te tuuiesse.

Bel.—Qué dizes si me tuuiesse? y habla me claro.

Mar.—A buen entendedor poca parola. Señora, digo que, si no me entendiste, que si le diesses esse anillo y él le tuuiesse, que con el sanar te deueria todo seruicio. Pero como ni yo osé pedirte le, ni el buen Floriano esté tan en tu gracia que se le quieras dar, así con temor lo hablé entre dientes. Pero, al fin, combidarte ha tu misericordia a que le fies de mí, con tal seguro, que en él sanando o sintiendo aliuio, te le tornaré, o él mesmo te yrá a besar las manos y darte le de su mano a la tuya; porque a todo esto saldre yo fiadora.

Bel.—Ay, calla, que de ti sola lo fiaré, y te lo dare para que él se aproueche tan solo por ti.

Mar.—Yo le tomo con tal presupuesto, y te beso las manos, y se le lleuo luego de tu parte al cauallero.

Bel.—Ay, ay, que no quiero que le lleues en essa manera.

Mar.—Que no digo que se le dare en tu nombre, sino que por tu mandado; pues sola lo fias de mí, yo mesma se le yre a llevar, aunque en mi vida le hablé. Pero más que tanto haré yo por servir te, y tornar tele en tu mano como me le das.

Bel.—Así lo haz, y cierto que holgara de verle, por saber si es tanto su mal, y ver lo que obra el anillo.

Mar.—Esso, señora, no se lo aure dicho, quando vaya de ojos por tu seruicio él.

Bel.—No quiero dezir lo que entiendes, sino que holgara de que se offresciera ocasion de verle, porque en el rostro le conoceré yo si tiene el tal mal.

Mar.—Ya, ya, entendida eres; todo lo haré por tu contentamiento. Pero dónde vas por acá oy que ay toros, segun me dizen, y aun bien sé por quién se corren.

Bel.—No quiero más saber de ti; pero voy a nuestra señora de Prado, por huyr de no me hallar a los toros.

Mar.—Pues si mandas, acompañar te he, aunque tenia bien que hazer: y si has de yr, no aguardes a que entre el sol y ande más gente.

Bel.—Anda, vete, y no dexes de yrme a ver, y ponme cobro en el anillo, que le estimo en mucho por su virtud.

Mar.—Los angeles vayan contigo, que yo cumplire mi palabra.

Bel.—A, Justina, dame la mano y vamos de aquí, que ya se fue Marcelia y vase haciendo tarde.

Just.—Sin duda que ya me dormía; pero huelgo que te alegraste con Marcelia.

Bel.—Por cierto que tengo de mirar de oy más por ella, porque creo que padesce necessidades y es buena muger y diligente.

Just.—Buena obra harás, señora, en fauorescerla; porque con el mal que te sobreuino en la iglesia endenantes luego que tomaste aquel papel, ella mostró tanto sentimiento, que mostró bien el amor que te tenga.

Bel.—Ay, mi Justina, que no te puedo encubrir lo que se trasluce, porque en leyendo aquel papel me senti y siento otra que solía, e inclinada a lo que poco antes aborrescía. Y consentir el mal no es más ya en mi mano, ni sé qué mal es el mío.

Just.—Ay, mala landre me dexe si no dene ser mal de aquel cauallero, y que esta Marcelia lo ha vrdido. Pero si este mal fuere, él se descubra, porque mal se asconde el fuego en el seno, ni el amor en el pecho.

Bel.—Qué vas diciendo? toma me estos chapines agora que vamos ya por el campo, y dexa me hasta allá yr a solas, porque yre rezando mi rosario.

Just.—Hagase como tú fueres servida.

ARGUMENTO DE LA SCENA XVI

Marcelia yendo a su casa halla la hija acabando de despedir vn galán, y sobre sospecha le pide zelos. Despierta Marcelia a Fulminato; vanse juntos a casa de Floriano, al qual cuenta lo que le auió con Belisea, y dale el anillo, y persuadele que vaya a Prado a uer se con Belisea. Floriano da vn anillo rico suyo a Marcelia, con otras mercedes. Y buelta Marcelia a su casa, Floriano se alegra y come, y manda adereçar para yr a Prado.

MARCELIA, LIBERIA, FULMINATO, LYDORO, POLYTES, FLORIANO.

[*Mar.*]—O, cuán rica voy para mi casa. No en balde dicen que a quien Dios ama que la casa le cata. Y si vale más a quien Dios ayuda que quien mucho madruga, más valdrán estas dos cosas juntas: que por quererme Dios a mi encaminar me hizo aceptar tan de facil el cargo de Fulminato en la carta. Y en deliberando hazerlo, puse pies en camino, y a pocos passos he andado gran jornada, y ansi confío en Dios que sacará buenos fines en este negocio, aunque los principios no sean tales. Ya estoy en mi casa, loado Dios; arriba subo de rondon, despertaré a Fulminato, y luego voy a desembarcar con mi buena nueva a Floriano, que lo ha de oyr de mi boca primero que nadie, porque el alma me da que tengo abierta oy

buena ventana de claridad a mi casilla. Qué hazes, hija?

Lib.—Aquí me estoy velando el sueño a Fulminato.

Mar.—Pues quién salio agora de casa de priesa, que le vi asomando yo a la punta de la calle?

Lib.—No sé, madre.

Mar.—Ansi, hija, por tu vida que siempre mires por la honra, pues ves cuánto yo ando aperreada por traer alguna ganancia. Ve, cierra la puerta, que yo entro a despertar este dormilon.

Lib.—Ya deue mi madre venir picanienta; que auría de auer ya mal empacho de sí y no pedir me á mí zelos de lo poco que hago para lo mucho que ella me enseña. Pero dichosa fuy en despedir aquel galán al punto, que a lo menos por mucho que diga mi madre, ni me quitará ya ésta, ni me llenará el realejo de a dos. Y asuadas que, si yo puedo, de oy más que pocas me haga mi madre que no me las pague, ni aun me lleue la delantera, si plaze a Dios, que todo es burla el estar siempre en vn hito que enhada. Y el mudar de manjares más despierta el apetito al comer, si todos ellos son buenos. Yo quiero mientras ellos salen almorzar algun bocado, porque de oy más antes me llenará mi madre harta a la missa que ayuna a las visperas.

Mar.—O, Jesus, y qué dormido está; pero al fin quierole quebrar el sueño.

Ful.—O, despecho de la vida con tales burlas, y tú eres?

Mar.—Leuantate ya, que es tarde.

Ful.—A la he, bien que leuantate, y echa se me encima: pues espera.

Mar.—O, valasme Dios, y qué pesado eres en todas tus conuersaciones.

Ful.—Mucho vienes gruñidera; pues qué me mandas agora?

Mar.—Ay, Dios, y qué bonito, y qué obediente. Viste te presto, que ay mucho que hazer; que tú para la tierra donde no ay dia eras bueno, que dormirias a posta.

Ful.—Pues qué quieres? que andando hombre haciendo esgrimas de noche y cargado de armas, el cansancio de la noche alo de pagar el dormir de dia; que la medicina manda dormir siete horas. Pero vees me a punto, y aun con gana de roçabillar.

Mar.—Pues cubre te y vamos a Floriano, que le lleno este anillo de la mano de Belisea, y le di su carta, que hartó mal será si no nos manda dar de almorzar de alboroque, pues que yo bien lo he merecido.

Ful.—Vamos, vamos, pese a la vida, que con tal entrada medra tendremos entrambos con que pobleemos las bolsas, si lo que dizes es verdad.

Mar.—De ser ello ansi no dudes tanto como en el partir mi ganancia.

Ful.—Qué dizes de ganancia? que con el gozo de la medra que espero no aduerti.

Mar.—Digo que mi perder oy de sueño merescce buena ganancia.

Ful.—Anda, que para que los dos medremos, algo has de perder del dormir, pues yo por contentar te pierdo mucho del reposo.

Mar.—Mas oxe, necio, y aun no tenemos hijo y poneys le vuestro nombre? pues al freyr lo vereys.

Ful.—Qué gruñidora vas, y qué passo de frayle combidado, y quán en silencio vamos!

Mar.—Y calla ya, que no miras los inconvenientes; voy como de huyda; porque en verme ansi yr contigo no sé qué diran gentes, en especial que si de la plática cogiesse algun pasajero alguna razon, no nos haria provecho.

Ful.—Qué negros escrupulos de vergonçosa desposada. Dime ya qué heziste de la carta de Floriano, y si la diste a Belisea? para que sepa yo responder al punto sin que me hallen desapercebido.

Mar.—Por mi salud que lo adobauas. Vamos por la calle y nombras las personas para manifestar los hechos?

Ful.—Muy secretaria vienes, pues mandote yo que en el mensaje tú podrás saberlo sola, pero en la ganancia mi mano la primera, y aun mi porcion la mayor.

Mar.—Que vas enojado? pues calla, que allá verás como tú y tu amo y todos vosotros me deueys mucho, pues que os dexé ya llano el camino y la guia puesta.

Ful.—Dessa manera ganancia aurá, que para mí es lo principal, y lo al, vaya o venga, en casa estamos. Mira que no te entiendan lo que traes, porque no nos ganen nuestras albricias.

Lyd.—Cata, cata, qué paje trae Fulminato; aquel dene ser el ceño de su ropa de color, que él dixo. Di, Polytes, conosci la?

Pol.—Como a mí; es la huespeda y amiga del galán. Y asuadas que si no son alcahueterias, que deuen ser queexas de los que allá entran, mayormente si son de la sangre de su hija, que es a cargo Felisino (segun se suena) y quíça vendra a poner le la demanda del dote.

Lyd.—Calla ay, mal hora, que ésta no tiene talle de tener esos tractos.

Pol.—En esta tierra a dos manos juegan las tales, porque de muchas partes les nazca ganancia.

Ful.—Nora buena esten los caualleros.

Lyd.—Bien venga la señora y el galán, y qué es lo que manda por acá?

Ful.—Viene a hablar a Floriano.

Lyd.—Anda, Polytes, y auisa a Floriano;

y tú, señora, me alegra con buenas nuevas, porque aunque te parezca nuevo el hablar sin conocerte, tengo muy gran lengua de tu bondad y gentileza, de los que allá entran en tu casa.

Mar.—Por el buen cumplimiento te beso las manos. En lo demas vengo con vn recaudo al señor Floriano, con que confío en Dios de dexar toda alegría.

Lyd.—Esse tal señor la dé a ti y a todos, que es él poderoso.

Pol.—Mi señor te manda entrar, señora honrada.

Lyd.—Pues si el escudero no me lo quita, yo te quiero acompañar.

Ful.—Señor, como esta señora sea libre e yo sea tuyo, queriendo ella, a mí se me hará merced.

Mar.—Señor, beso tus manos, que ni me temo entrar sola, ni soy tan vieja que no me vaya por mi pie.

Lyd.—Pues guiala, paje.

Mar.—O, mi señor Floriano, cómo salen cumplidos mis desseos tan antiguos de que se me offresciesse ocasionada oportunidad, tan buena como agora, para que, aunque con atreuimiento, a lo menos sin verguença y sin por qué de ser me retraydo por tu mucho merescimiento y mi mayor baxeza y pobre aparato, te pudiera venir (como vengo) a besar tus manos. Pero no lo he dexado por negar seruicio a tu magnífica persona y amor grande que tengo a tu bondad, lo qual los más del mundo, a mi parescer, te deuen con razonable titulo. Mas ya sabes, señor, que a la muger del estado de viudez no todo ni aun lo menos de lo que dessea le es concedido por el dezidor y maldiziente mundo, aunque sea de género suyo bueno y encaminado a la virtud. E con tanto, recibiendo mi sana voluntad a tu seruicio, me perdona en lo passado, con la enmienda en lo venidero. Y ansi de oy más quiero que me culpes por remissa en tu seruicio, si hallando en qué te servir de mí y manifestando me tu voluntad, hallares en la obra negligencia.

Lyd.—Y valga la la maldicion, si no se pica de rhetorica.

Flor.—Mucho te agradezco la tan buena voluntad como publicas, y perdonando mi desabrimiento que la poca salud me causa, porque tu venida no vaya sin gratificacion de la honra que meresciere, me di qué es lo que me quieres pedir.

Mar.—O, cómo se manifiesta tu illustre generosidad y magnífica largueza, pues que sin esperar a saber mis servicios me combidas con las mercedes. Pero tambien quiero que sepas que, aunque yo pobre y tú señor y rico, primero te vengo a buscar a tu casa para darte que para pedirte hasta su tiempo.

Flor.—Qué me puedes tú dar?

Ful.—Darte ha respuesta de lo que tú me mandaste, lo qual ella por te servir y a mí quitar del cuydado de las armas, me quitó del tal afán.

Flor.—Si algo fue, haria lo por ti, que por mí no.

Mar.—Dado que yo deua buena voluntad a los tuyos, pero como ellos te deuan seruicio, ya que algo yo por ellos hiziesse, seria endereçado a fin de te servir con ellos, Y porque sé que te arrepentiras de me auer ocupado sin me oyr mi embaxada, manda me la dezir.

Flor.—Aunque desconfiado de que sea cosa que me pueda dar algun contentamiento, pero por ser la primera cosa que me pides, salios vosotros todos a la sala, y dexadme con esta dueña, si ella se osa fiar de mí.

Ful.—Aun no del todo, voto a la consagracion de mi corona, porque tu enfermedad de hambre de tal vianda es.

Pol.—Qué sales gruñendo? No deuen de contentar a Fulminato aquellas puridades.

Ful.—A la fe, su alma en su palma.

Lyd.—Alto a oyr missa, que ya no saldra Floriano por agora a oyr la, y hazese tarde, y aun el capellan ha rato que esta reuestido. Tú, Polytes, te queda a essa puerta, para si llamare.

Flor.—Agora estamos solos, y antes que me digas lo que quieres, me di tu nombre.

Mar.—Llamo me a tu seruicio Marcelia: soy vna pobre viuda, amadora de los nobles y buenos, y con tal desseo de te servir, vengo a darte vna embaxada.

Flor.—Cúya?

Mar.—Dime, señor, tú no diste vna carta a Fulminato?

Flor.—Y para quién?

Mar.—O, qué grande es el poder del amor, que ansi le tiene desacordado! Que digo al punto, sin te tener suspenso el entendimiento, que Fulminato me dio en tu nombre vna carta tuya para tu señora Belisea.

Flor.—O viuifico nombre, que ansi me ha tornado de las puertas de la muerte a la vida! Dime, por Dios, si ay buena nueua, que agora sé que sí di.

Mar.—Pues yo se la vi en su mano.

Flor.—Que se la viste tú en su mano?

Mar.—Que se la vi vna vez y otra vez.

Flor.—No lo creo.

Mar.—Pues porque en conocerme que entiendo yo en tus negocios, y porque tengas en poco esso, sabete que ella queda con harta parte de tu pena.

Flor.—Que sabe mi señora que yo peno por ella?

(1) En el original dice equivocadamente *Floriano*.

Mar.—E aun que penará ella presto por ti, si yo no muero.

Flor.—Agora me desconfiaste del todo.

Mar.—Pues mira que soy yo, Marcelia, la que, si me das palabra de tornarme lo que yo te diere, quando yo te lo demandare, te dare vna joya suya.

Flor.—Luego te la doy.

Mar.—Pues pon te tú esse anillo suyo en el dedo del coraçon, que ella tiró del suyo, y por su mano me le dio para ti, porque le dixes quán malo estauas. Pero con dos condiciones. La vna, que yo se le tornasse en mejorando tú; y la otra, con que no te dixesse que ella te le embiaua, sino que yo te le traya.

Flor.—Perdona me, que dizes tanto, que no puedo persuadir el entendimiento a creerte.

Mar.—Pues pon le en el dedo y trae le hasta mañana que te le tornará a pedir, y en el obrar verás si te miento.

Flor.—Pues pon te tú esse de esse diamante mio en el tu dedo, no en prenda, sino por tuyo, y estotro te le dare pidiendo me le, y no en pago de tu trabajo, sino en trueque de que tú me truxiste estotro. Y tambien porque no es razon que ande en mi mano a la yqual de joya tan sublime.

Mar.—Bueno va esto; que si la piedra es fina, buenas veneras lleo de mis romerías.

Flor.—Qué dizes, mi hermana, qué dizes, mi amiga? por qué no me das parte de todas tus palabras, que a mí me han resuscitado? Y por qué no te gozas de mi gozo? O joya que meresciste andar en tales manos como las de mi señora: perdonad la injuria y baxa que se os da en ser puesta en las manos deste captiuo y sieruo de aquella cuya vos soys. Y pues sé (que agora lo creo) que ella os mandó venir a mi poder, con su voluntad venistes, y con su palabra me traereys conseruada vuestra virtud, y en su fe os pongo en su memoria en mi dedo. Ya, ya sano soy, vida tengo: resuscitado he. Bien paresce[s] auer (o joya) otra virtud más que la tuya natural, por ser tú cuya eres y querer ella que yo viua, pues tan en punto veo efectos de tu virtud en mi salud, dada por el poderio de mi señora.

Mar.—O, qué hermoso encarescimiento y qué bien encadenado hablar!

Flor.—Qué dizes, almario de mis consuelos?

Mar.—Digo que si me acabas de oyr, que verás quánto me deues.

Flor.—Más que tengo fuera del coraçon; pero di, di, si puedes traer más.

Mar.—Pues para que digas con verdad quánto estas ropas pobres te pueden dar antes que te pidan, sepas que aun te puedo dar más, y más, y más.

Flor.—Que no es possible sufrirme, aunque

estoy desnudo, desde la cama no te abraçar, y perdonar me has.

Mar.—A la fe, esto y lo al te perdonaria de buena voluntad.

Flor.—Qué dizes, thesoro de mi salud? no te me enojas.

Mar.—No es tiempo que reyne enojo en mí, viendo tu alegría; pero digo que quisiera tener espacio para contar te las particularidades que passé con mi tan peligrosa y dudosa mensageria, porque viesses el peligro en que me vi, por ti bien empleado. Porque sé yo bien que te dara más plazer la buena ventura que uve, que tristeza te diera mi perdimiento. Pero al fin lo que es hecho con sana voluntad por tal señor como tú, nunca se pierde.

Flor.—La paga dexando para despues, más por dar primero aliuio a mi coraçon que porque la dilacion trayga en oluido lo que te deuio, dime, dime, cómo la vistes? dónde estaua? qué hazia? qué semblante mostraua oyendo te hablar de mí?

Mar.—Señor, ansi como sientes pena en el tardar me en te contar lo que yo hize por tu seruicio, tambien te pesará de que con estas tardanças se te passe el tiempo para lo que has de hazer más.

Flor.—Pues dimelo presto.

Mar.—Que tu señora, con sola la compañía de sus mugeres, está en Prado.

Flor.—Y a qué va, mi hermana, si sabes? y si no es venida, perdona me que a pie me voy y ansi desnudo tras ella, como tras la causa de mi viuir.

Mar.—Y aun por eso te dixes que era tarde; no me detengas, hasta que me oyas mi plática, con el estoruo de tus encendidos desseos. Y sepas que con gran agonía me dixo que tiene desseo de verte; pero no me dio licencia que te lo dixesse de su parte. Por tanto, siguiendo mi consejo, ve tú allá de la mia, o por lo que te paresciere, que despues yo me pondre a la pena por tu seruicio.

Flor.—Qué es esto que oyo? moços, moços, den me de vestir; si no ansi me yre.

Mar.—Cata que la próspera fortuna quiere miramiento, ansi como la aduersa sufrimiento. Come, porque vayas con más color de rostro, para que muestres lo que ha obrado la virtud de su empresa, y no lleues sino poca gente, y de arte, porque es muger muy sentida. Y si te vee con aparato, por no perder su grauedad tú perderas tu ganancia y ella le saldra en vano su desseo. Y porque no te quiero quitar la alegre ganancia de que te ha vestido este mi pobre vestir, come luego e yreme a mi casa a hazer lo mesmo si tuuiere qué. Porque allende de mi pobreza, que a las vezes no ay con qué lo comprar, oy no aurá cosa ni comprada ni guisada, porque anteine oy el dia en tu seruicio, y en él no

he parado hasta agora, que he rompido más chapines que en dos meses.

Flor.—Pues yo quiero comer luego, y no te quiero compeller a que comas conmigo; pero espera. Pajes?

Pol.—Señor.

Flor.—Llama me luego al camarero, y tú, señora y amiga, por amor de Dios, que pues me has començado a curar, que no pares hasta ver me sano, que la paga no será como merescies, pues allende de ser poco quanto tengo para lo que te deuio, como soy forastero no te podre dar lo que pide mi voluntad. Pero no me despidiendo de te faorescer, te aurás de contentar con lo que suffriete la oportunidad.

Lyd.—Qué es lo que, señor, mandas?

Flor.—Que luego des a esta dueña diez varas del refino que este dia sacaste para mí, para que se vista, y das le para chapines veynte pieças de oro, y tendras cuydado de mandar la cada dia a su casa racion. Y en el cuydado que de ella tuuieres quiero ver la gana que tienes de hazer me plazer; y a mí me traygan de comer luego, y den me el vestido azetuni altibaxo. Y tú, señora Marcelia, ve con Dios, que de mi plato te mandaré que comas agora que no lo tendras guisado en tu casa. Y tú, Lydorio, manda con ella dos escuderos.

Mar.—Por todo beso tus illustres manos; pero basta que este paje se vaya conmigo, porque me lleue el paño, que por lo de más bien me sé yr sola, pues no puedo mantener quien me acompañe, y encomendando te a Dios me voy.

Pol.—Al diablo encomiendo la bagassa si no la entiendo mejor que a mí, pero montarle han poco sus mañas por oy, si puedo.

Flor.—Que sientes, Lydorio, de mi buena alegría? agora no me diras que no como, y bien! Pero dime, diste lo que te mandé a aquesta dueña?

Lyd.—Señor, todo lo lleua a su contento.

Flor.—Bien heziste, porque más merescie aun. Y mandale luego este par de perdizes ansi calientes de presto, con otros dos platos diferentes. Y manda me adereçar de brida vn cauallito de los Franceses el mejor y mejor guarnescido que a ti paresciere. Y a Fulminato le das de vestir, o luego diez ducados para ello, con que se vista a su contento, y manda le comer luego, por que se vaya conmigo.

Lyd.—Mira, señor, que para llevar solo vn moço aurias de yr más disfrazado.

Flor.—Bien me acordaste; pues caualguen los continos todos, y tú y los pajes y más gente que tú ordenares vaya.

Lyd.—Come, señor, con reposo, porque mejor te preste, que yo voy a que de todo esso no falte vn punto, segun que cumple y tu voluntad lo pide.